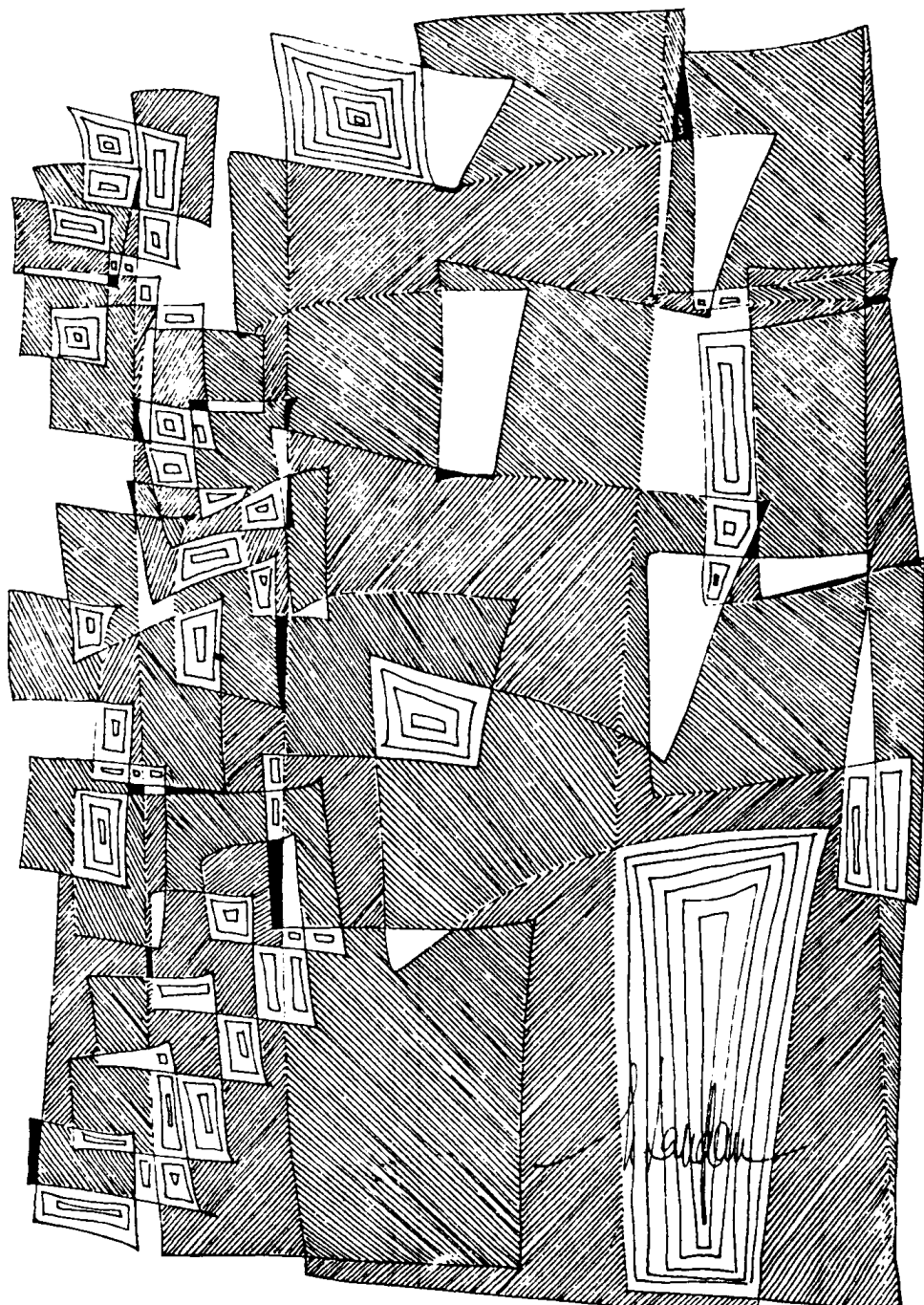


# CUANDO TEODORO SE MUERA

MONÓLOGO

Tomás González Pérez



*Elementos escenográficos: un butacón de espaldar alto, colonial cubano, todo en ruinas. Para combatir las molestias del mal estado del asiento, un cojín de saco de yute, tejido con tiritas de diferentes colores, lo cubre.*

NICOLASA, es una negra vieja, flaca, desdentada. Fuma en pipa un tabaco cortado a la mitad. Viste una bata raída, escotada en abandono por delante y por detrás, sin mangas, con un gran bolsillo donde guarda una caja de fósforo tamaño familiar. Del cuello le cuelga un collar de santería con cuentas en blanco y azul. El pelo es una peluca mal recogida en un moño con una peineta de carey. Calza un par de tenis a modo de pantuflas, viejos y sucios.

NICOLASA: *(Nicolasa pone los ojos en blanco ensayando el como quedarse muerta; luego, abandonando la idea, se ríe y se ríe, mientras enciende su pipa.)* ¡No, Nicolasa, no hay tiempo para la muerte! Las honras fúnebres están aún lejanas para ti. Primero tiene que morir Teodoro. Le toca a Teodoro, no a ti. *(Suspirando.)* ¡Nicolasa Seoane del Riesgo tiene todavía que ver mucho en este mundo! Vaya, que a mí me lo deben todo. Antes de morir tengo que tener alguna reparación. ¡Coño, después de pasar tanto trabajo, algo tengo que recibir en compensación! Me he ahorrado, me he economizado, para tener algo en mis últimos días... Y yo no me conformo con un diploma o una medalla. ¡A mí con eso! ¡Yo tengo que ser coronada! Eso está escrito... Y si no está escrito lo dice mi espíritu de la guarda, doña Bailarina. ¡Eso sí que es un espíritu! ¡De luz! Cuando ella baja, viene rodeada de tantos destellos luminosos que deja ciego a todo el mundo. ¡Mi ángel de la guarda! *(Fuma.)* Mi coronación ha de tener lugar a los pocos días de la muerte de Teodoro. *(Pausa.)* Mi alcurnia, mi linaje, mi pedigree, me viene por la sangre... ¿Sabes una cosa?, tengo sangre azul y todo. El otro día me estaba afeitando. Sí, yo me tengo que afeitar. *(Ríe.)* Con los años me han salido unos cañones *(se señala)* por aquí. ¡Duros, como flechas! *(Pausa breve.)* Pues me estaba afeitando y me abrí una zanja por aquí, por la barbilla. ¡Tremendo chorro de sangre... azul-azulita! Bueno, la toalla quedó teñida de azul. ¡Y eso que era blanca! *(Tratando de hacer orden en sus ideas.)* Bien, queda establecido que Nicolasa Seoane del Riesgo tiene sangre azul... Y si no la tuviera para eso tengo mis apellidos y el nombre. Nicolasa es el femenino de Nicolás. ¡Nombre de emperadores, creo que, rusos! Sí. ¡Nicolás II de Rusia...! Lo único malo de los emperadores es que siempre terminan sus vidas en el patíbulo o en el exilio. No sé por qué la gente vulgar no puede perdonarnos nunca lo del linaje. Eso es envidia. Bueno, pero yo no debo hablar así... Todavía no. Deja, deja que sea coronada... *(Con los ojos cerrados.)* ¡Nicolasa I...! *(Pausa breve.)* Ahora pasemos al Seoane. El Seoane me han dicho que significa... Bueno, aquí hay dos versiones. *(Sonríe.)* Las dos me gustan. La primera dice que Seoane significa “señor anual”. “Seo” es señor y “ane” es año. *(Con autosuficiencia.)* ¡Latín! “Señor anual”, eso es lo que significa

mi primer apellido. El “señor anual”, según me explicaron los que más saben de estas cosas, los “filológicos”, eran unos señores que recorrían sus dominios una vez al año, por supuesto, ningún señor se iba a dedicar a esa tremenda caminata, si no era para cobrar los impuestos. Cobraban su peso en oro, sin hacer nada, sin trabajar. Por eso se pasaban el año entero engordando, porque mientras más peso tenían, más impuestos cobraban... ¡Eso es lo que da el tener un buen apellido! *(Pausa.)* Mi segundo apellido, “del Riesgo”, era por el alto riesgo que corrían los señores anuales, porque ¿quién carajo va a pagar sin chistar el peso en oro de un culón que no trabaja? ¡A santo de qué! *(Pausa.)* La segunda versión que hay sobre mi primer apellido, según me han dicho los “filológicos”, es que Seoane viene de otra cosa. “Seo” es el señor; pero “ane” no significa año, sino ano. Por lo que Seoane significa “el ano del señor”, en otros términos, “el culo del señor”... Y eso sí que está feo, porque con todo lo que el culo sea de un señor, es culo. *(Pausa.)* Además, en mi coronación tendrían que decir: “Nicolasa I del Culo del Señor del Riesgo”. Y eso ya tiene hasta implicaciones religiosas. *(Pausa.)* De plano rechazo esta versión, aunque la historia que me contaron tiene gran parte de verdad. Según los “filológicos”, allá por la Edad Media, la era del apagón permanente, un señor feudal de España entradito en carne, cayó en manos de una tribu morárabe, a la que llamaban “los sodomitas”. Y “los sodomitas” tenían sus costumbres y amenazaron a los Reyes Católicos con hacer lo que acostumbraban con aquel señor feudal en oro. Imagínense a aquel gallego, del cual soy la última descendencia, gordito, rosado, lleno de sangre, panzón y culón... ¡Qué banquete se hubieran dado los sodomitas morárabes si la Corona española no llega a pagar! Pues pagaron, con desgano, con su demora... y con la angustia de mi pariente, pues todos los días le acosaban en árabe, y no había que saber el idioma para adivinar qué era lo que querían de él. *(Con segunda intención.)* Le decían: “¡Majala culaja, ma!”. *(Pausa.)* Después de eso la Corona, para limpiarse la conciencia o sabe Dios por qué otra razón, le otorgaron a mi pariente el título de “Marqués Seone del Riesgo”, que es como decir “Marqués del Señor Culo en Riesgo de... perderlo. *(Ríe.)* Por eso me quedo mejor con lo de “señor anual” y no con esto último. No estoy para tener que soportar burlas en mi coronación. Conozco a mi gente. Aquí le sacan punta a todo: “Nicolasa I, la del Señor Culo siempre en Riesgo de perderlo”. ¡Fuera! No quiero tener que ver nada con eso. De todas maneras voy a ser coronada. Sólo tengo que esperar a que Teodoro se muera. *(Suspirando.)* ¡Y tengo unos deseos que se muera Teodoro! Los deseos no me dejan ni dormir. Todos los meses me gasto como cien pesos en el plan siquiátrico. *(Tartamudeando.)* Pe... pe... pe... ro... ¡míreme como me ha puesto! Estoy en el puro pellejo. ¡Los nervios, los nervios son tremendos! Ellos me han puesto así de flaca, enferma, destruida, “descaída”, “substática”... Sí, “substática”, por debajo de la estática... *(Pausa.)* Todo por culpa de Teodoro. *(Pausa.)* A mis vecinos no les gusta oír hablar de Teodoro. Todos creen que él es un santo, un infeliz. ¡Un infeliz! Para

infeliz, yo, que soy la que ha tenido que padecerlo durante tantos años... Si mis vecinos no me quieren dirigir la palabra, allá ellos. Después que no se arrepientan. En cuanto me coronen van a saber de mí. ¡Yo no olvido! Porque en cuanto se arme la cola en mi puerta para pedirme mercedes, encomiendas, títulos y composiciones, voy a señalar a todo el que me hizo algo. ¡Fuera la gentuza! ¡Seré implacable como Margaret Thatcher con los negros! ¡Y no entraré en arreglos con nadie! (*Sonríe.*) El día que se muera Teodoro, ya lo tengo todo planeado, nada de salir corriendo a pedir ayuda. Nada de correr a la funeraria. ¡Tampoco! ¡Nada de eso! Lo primero que haré, será emperifollarme. Me pondré lo grandes trapos, aquellos que guardo sólo para las grandes ocasiones, y me iré, a toda prisa, al Ministerio de Trabajo para arreglar lo de mi pensión de viuda. Y sólo cuando tenga la certeza de que voy a cobrar ese mismo mes, entonces regreso a la casa, me baño de nuevo, me entalco, me perfumo con la colonia que tengo preparada con canela, palo vencedor, clavo y cascarilla, me pongo el vestido negro, saco mis joyas... Sí, porque yo tengo mis buenas joyas, de las de antes, de oro chino, platino, el agua marina, los rubíes, las esmeraldas, el granate y los "onices"... ¡Ah, y hasta tengo un diamante del tamaño de un garbanzo... Porque yo tengo sólo diamantes... A mí no me gustan los brillantes. El brilla-brilla no es para las gentes que son finas de verdad... ¡Ah! ¿Y a qué viene todo esto? ¡Ya! Sí, en cuanto esté totalmente arregladita, con los labios pintados, entonces es que voy y doy el grito en la puerta. (*Gritando.*) "¡Ay, Dios mío, qué desgracia más grande! ¡Ay, por qué no has tenido misericordia con esta criatura que soy yo! ¡Yo, la que tiene tan bien atendidos sus santos! ¡Yo, la que le cambia todos los días el agua a los vasos de la "bóveda"! ¡Yo, tan abnegada, tan fiel que le he sido a mi marido! ¡Y, Dios, es a mí a quien escoges! ¿Es que no había más nadie? ¡Ay, ¿por qué me tiene que ocurrir a mí esta desgracia! ¡Tanta pelandruja, tanta malandrina, tanta tarrera que anda suelta... ¿y con quién vienes a cogerla? ¡Conmigo! ¿Y es eso lo justo? ¿Y tengo que aceptarlo con resignación, sin decir nada, sin protestar? ¡No, no, no..!". (*Pausa.*) Y entonces todo el mundo acude a mis gritos, y en cuanto me preguntan: "¿Qué te pasa, Nicolasa?". Yo digo: "¡Teodoro, el pobre Teodoro, estiró el alma!". Sí, porque a mí no me gusta decir: "¡Teodoro, el pobre Teodoro, estiró la pata!". La pata da la sensación de cosa sucia, de gente baja. Los humanos llevan pie y zapatos. (*Pausa.*) De aquí, de la puerta, corro al centro de la sala y tomo posesión de mi sillón, antes de que me lo quiten. Y ahí me quedo sentada, mientras todo el mundo pasa al cuarto para ver al muerto. Yo llorando en la sala. Y que los vecinos le crucen las manos en el pecho al muerto, y que le metan la lengua y todo lo otro que se le haya salido para fuera. Yo llorando en la sala. Y que le amarren un trapo en la quijada para que no se quede con la boca abierta... Y yo sigo llorando, desconsolada, en la sala: "¡Ay, qué desgracia más grande!". Y de vez en cuando me retoco los cosméticos. Porque con la muerte hay que ser así, hay que darle buena presencia, no vaya a ser que se confunda y me quiera llevar a mí también...

Y entonces alguien irá a avisar a los parientes de Teodoro, porque yo no tengo pariente alguno... Digo, vaya, que los que pudieran ser mis parientes no se tratan conmigo... Teodoro era lo... único que... me quedaba. Pero ¡se jodió! Ya era hora, ¿no? Entonces vendrá toda la familia de Teodoro y los varones, por supuesto, tendrán que cargar con todos los gastos. Y yo llorando mi desconsuelo en la sala, entre tacitas y tacitas de café para ayudar a que no desfallezca la materia. Después vendrá el dulce de guayaba con queso y pan. Pero yo no le haré mucho coco a eso. La última vez que comí dulce de guayaba en barra se me pegaron las prótesis, tanto la de arriba como la de abajo. De resultas de esa novedad perdí como dos muelas, un diente y un colmillo. Por eso aunque me guste la guayaba, la dejaré pasar. Eso sí, lo que no dejaré pasar será el chocolate. (*Saboreándose.*) ¡Chocolate con churros! ¡La vida misma! ¿Qué dónde lo encuentro? El chocolate lo tengo guardado, envuelto en diez nylons. Lo compré hace unos tres años en el Centro. Y los churros los tengo localizados por allá por la Virgen del camino. Y yo llorando en la sala, desconsolada, frígida, en mi sillón. (*Pausa.*) Porque yo en el fondo-fondo quiero a Teodoro. ¡Son muchos años de soportarle cosas! Es que Teodoro siempre fue viejo, siempre tuvo arterioesclerosis avanzada. Y todas las noches le daba por levantarse a las tres de la madrugada. Y se ponía a jeringar diciendo, a toda voz, despertándome: “Pero ¿qué es lo que pasa que no sale el sol?”. ¡Quién ha visto el sol salir a las tres de la madrugada! Y él nunca se supo hacer nada, ni el café. Por eso me... me daba golpes, para que me levantara. Me daba tremendos gazzatones. Me agarraba por cualquier lado y allá iba Nicolasa de cabeza. Eso no era de vez en cuando, sino siempre. Todos los días me despertaba a golpe limpio... Tenía un machete detrás de la puerta para los ladrones. ¡Nunca los ladrones cogieron ni un solo machetazo, ni un solo planazo. Los ladrones llegaban y él los recibía, les abría la puerta, los mandaba a pasar y hasta les decía: “¡Llévense todo lo que encuentren!”. ¡Qué hombre para ser degenerado este Teodoro! La única que cogía sus buenos planazos y hasta sus buenos machetazos era yo. No sabía despertarme de otro modo. Por eso estoy así, ¡pellejo nada más! Con todos estos golpes de seguro que debo tener algo en el interior, algo maligno, un tumor... De un tiempo a esta parte tengo un dolor en la próstata... (*Pausa.*) Pero lo peor fue el día que tuvo que venir hasta la policía. Eran las siete de la noche y estábamos viendo la televisión. Todo iba muy bien... Las ocho de la noche... (*Cantando.*) “Mi pelusín ha visto en...”. ¡La primera calabacita! Y Teodoro que da tres cabezasos. Se levanta medio dormido de su sillón. Va en busca del machete y parado en el medio de la sala se pone a gritar: “¡Se acabó! ¡A dormir, carajo, que ya son las doce!”. Yo lo traté de convencer: “Amor mío —no sé por qué le dije así—, amor mío, son las ocho nada más. Ahora es que va comenzar el noticiero”. Él que no entra en razones. Y al ver que yo no le obedezco, que a pesar del machete, yo no apago el televisor. Y como que él nunca aprendió ni encenderlo ni apagarlo, levanta el machete como los mambises... ¡A

la carga! Le entró a machetazos al televisor. El aparato hizo tremenda explosión. Fue tan grande la explosión que, a pesar de que vivimos en el Reparto Zamora, se llegó a oír en el Palo Cagao. El único que no quería oír nada era el Comité. Y Teodoro gritando a más no poder: “¡Se acabó! ¡A dormir, carajo, que ya son las doce!”. Me destruyó el aparato. No dejó terminar la “calabacita”, no se pudo ver el otro noticiero, ni la otra calabacita, ni los programas que venían después. El televisor se quedó “en silencio ha tenido que ser”. Fue cuando no sé qué cosa me entró, me puse macha, y le dije que no me iba a dormir. Y lo insulté. Me puse a gritarle que era un viejo loco de mierda. Y otras cosas, muchas más, que por decencia no repito. Y él corre al patio y busca una sogá, un mecate y con él me amarra a la silla. Y yo forcejeando. Y yo gritando. Y entonces es cuando vienen las gentes del Comité con las gentes del Palo Cagao. El Comité estaba completo, la presidenta y todos los responsables: el de vigilancia, el de propaganda, el de recreación y deporte... ¡Yo no sé que hacía en todo esto el responsable de recreación y deporte! Y yo amarrada. Y el Comité —¡qué vergüenza!— viendo todo aquel espectáculo de Teodoro con el machete en alto, a punto de rajarme la cabeza como una calabaza. Y yo sin poder defenderme porque Teodoro me tenía amarrada con el mecate, y no sólo con el mecate, sino que siempre, ¡toda la vida!, me ha tenido amarrada con sus brujerías. Porque Teodoro es brujo. Un día vi hasta mi nombre sumergido dentro de un vaso de agua con limón, virado al revés. Mi nombre nadando en aquella agua turbia como un pecesito... ¡No, como un pescadito! Porque él, Teodoro, me había pescado el nombre en aquel vaso de agua con limón. Y los ojos me lloraban. Se me hacía difícil la respiración. ¿Quién va a poder respirar bien dentro de un vaso de agua con limón virado al revés? Porque aquello no era una limonada, no. Aunque no la probé, hubiera sido mejor estar sumergida en una limonada fría, que dentro de agua con limón, sin azúcar. *(Pausa.)* Bien, en ese instante es que llega la policía... Y los responsables de propaganda, cultura, recreación y deporte, allí, firmes... ¡Ah, y los bomberos! ¡A esa hora también llegaron los bomberos! Ya arreglaron la puerta; pero para meter su manguera, derribaron la puerta a hachazos... Y es cuando entran buscando el fuego. ¿Qué fuego? ¿Qué ridículo! ¿Qué espectáculo! Teodoro no había prendido fuego a nada. De paso diré que Teodoro nunca me dio fuego a mí tampoco. *(Sonriente.)* ¡Nunca me encendió la cachimba! Lo único que hacía era agarrarme por el cuello. Como ahora. Teodoro me tenía agarrada por el cuello. Me lo apretaba. Ya yo lo que parecía era una berenjena. Estaba “ciasnóstica”. ¡El tizón de la muerte! Bueno, yo siempre he sido algo oscurita; pero en aquel momento era más negra que un totí. Y la policía tratándome de quitar inútilmente a Teodoro de encima, mas sin lograrlo. ¡La fuerza que da la locura! Había ya en la calle diez carros patrulleros con las sirenitas pitando. ¡Qué cosa! Aquello parecía como el día del juicio final. En este carro nunca se ven carros patrulleros cuando en verdad hacen falta. Los carros patrulleros siempre andan por las anchas avenidas, por donde

pueden correr como unos locos. Nunca se meten por estos barrios, aquí todo es muy estrecho. Bueno, pero esta vez habían llegado. Y en buen momento. Teodoro me estaba matando. ¡El hecho se estaba consumando! Pues vinieron de todas partes los carros patrulleros. Los había de La Habana del Este, del Vedado, del Country, de Miramar, de Siboney, del Reparto Flores... En fin de todas partes donde abundan los carros patrulleros. Y Teodoro no aflojaba sus garfios, porque sus dedos eran como garfios atenazándome el cuello. Yo muriendo. ¡Estaba en la mismísima agonía! ¿Ustedes nunca han estado agonizando? Pues yo sé lo que es estar agonizando. Ya veía hasta a los ángeles. Estaban allí, en formación, en su guardia de recorrido... Porque para que se sepa, allá arriba, en el cielo, es donde más guardias se hacen. ¡Creo que allí es lo único que se hace! ¡Allí Fefa estaría a la diestra de Dios Padre! *(Pausa.)* Pues los ángeles iban a tremenda velocidad. Yo siempre me los imaginé como mariposas. No, ¡qué va!, iban a más velocidad que las mariposas y los pájaros. O, tal vez, era una sensación, va y ellos estaban suspendidos en el aire y yo era la que iba como que jodía. Sí, eso era seguro lo que me estaba pasando. Los ángeles estaban suspendidos en el aire a uno y otro lado del camino, observando mi vertiginosa marcha, a toda velocidad, hacia las esferas celestiales superiores. Había ángeles de todas partes, de todos los colores. Parecía aquello la mismísima Asamblea General de las Naciones Unidas. Negros, muchos negros. Yo no sé por qué hay tantos negros en el cielo. Parece que por eso el fondo del cielo siempre pinta para negro. También había bastante chinos... Pero no eran chinos del Barrio Chino. No eran chinos de Cantón, porque entre ellos se distinguía un ángel chino, gordito y con el rostro maquillado, igualito que Mao Tse Tung... Pero no podía ser él. ¿Qué tendría que ver ese señor con el cielo? Y todos los ángeles tenían sus alas. Algunos las tenían escondidas. Les daba como que pena. A cualquier macho le debe dar una pena andar con alas en cualquier parte. Hasta el chino Mao tenía sus alas, aunque distintas a de las de los otros ángeles. Todos las tenían blancas. Ángeles blancos con sus alas blancas. Ángeles negros con sus alas blancas... ¡Leyes del cielo! Sin embargo, las de Mao eran de color bermellón. Eran alas únicas. Pero él llevaba sus alas con pena. Eran, a decir verdad, las alas más afocantes que había en el cielo. ¡Él no decía que era más comunista que todos los comunistas del mundo! ¡El rey de los comunistas! *(Pausa.)* Y muy cerca del lugar por donde andaba Mao con sus alas bermellón, había unos ángeles muy finos, delicadísimos, con alas de color rosado. ¡En el cielo hay de todo! ¡Eso sí que es "libre y democrático"! *(Pausa.)* Pero de todos los ángeles, el que más me gustaba era el mío, ¡mi ángel de la guardia! doña Bailarina estaba allí, ataviada como una reina. Tenía corona de oro chino, llena de diamantes y rubies. Creo que ella es donde me viene el gusto por las piedras preciosas y el lujo. Pues doña Bailarina estaba allí... Además de la corona y otras muchas joyas que llevaba, tenía puestas unas gafas oscuras, como la Greta Garbo. Y, en vez de recibirme con una sonrisa, me mira con cara de desaparición, de ira,

de que estaba bravísima, jodida conmigo. Entonces, violando el pacto de silencio que hay en el cielo, me dijo: “Ves a donde has llegado por no hacerme caso”. *(Pausa.)* Mi ángel de la guardia nunca estuvo de acuerdo con que me uniera a Teodoro; pero que se deje de boberías... ¿Quién si no Teodoro iba a cargar conmigo y con mis tres hijos? Porque yo me acababa de separar del padre de mis hijos cuando conocí a Teodoro. ¿Qué iba a hacer una mujer sola, sin apoyo moral, con tres bocas que alimentar...? Así fue como Teodoro irrumpió en mi vida. Sí, este mismo viejo que ahora quiere ahorcarme y que ni la policía puede quitármelo de encima. ¡Y yo como una berenjena! Y mi ángel de la guardia, doña Bailarina, regañándome por detrás de sus gafas oscuras... Y este viejo, Teodoro, el asesino, a pesar de todo, se hizo cargo de mí y de mis tres hijos. ¡Un hombre solo alimentando un cañón de cuatro bocas! ¡Qué coraje! No obstante, yo supe venderme caro. No dejaba que él me pusiera un dedo encima. Quizás, si él hubiera hablado claro, pero lo único que me dijo en aquella oportunidad, era que me daba todo su apoyo. Y el apoyo es una cosa... pero lo otro es un poco más serio... Aunque un día me dejé arrastrar por la necesidad biológica. Esa vez lo dejé jugar. No pasó del “bingo”. ¡Unos dos numeritos, no más! Me quedé como ropa sin lavar, en remojo. Yo era una mujer joven, fogosa, con sangre rugiendo en mis venas, senos turgentes, con todas las cosas de una mujer puestas en el sitio que les corresponden. *(Pausa.)* Un día Teodoro me agarró cometiendo una falta. Falta que ningún hombre perdona. El padre de mis hijos, el que nos abandonó, vino a visitar a los muchachos cuando los muchachos estaban en la escuela y, por supuesto, la tentación, los dos solitos. Y él que se me viene encima... Y Teodoro que abre la puerta y entra al cuarto y nos sorprende, con las manos en las masas, ¡in fraganti! A mi patas arribas y a él boca abajo. Teodoro levantó su machete y lo dejó caer de pan en las nalgas desnudas, ¡en las nalgas desnudas del que había sido mi marido y ahora era mi amante! El padre de mis hijos salió espantado hacia la calle, tratando de ponerse los pantalones. *(Pausa.)* Después de ese incidente yo me esperaba lo peor, ser echada a la calle con las cuatro bocas, las de mis tres hijos y la mía. Teodoro no dijo nada, estuve mucho tiempo sin pronunciar una sola palabra; pero no nos echó a la calle. A mí no me hablaba; pero a mis hijos los trataba como si fueran suyos. Conmigo terminó todo. Nunca más intentó jugar al “bingo”. Sin embargo, yo... yo había comprendido que el padre mis hijos ya... no era nada para mí; pero Teodoro era un perro, y yo también era una perra, y el emperramiento nos dio por hacer un perro silencio... *(Pausa.)* Quizás es por todo esto que este degenerado está tratando de matarme. ¡Me está ahorcando! Porque no es esta la primera vez que sucede. Cuando boté a mis hijos de la casa, Teodoro hizo lo mismo. Él no quiso entrar en razones. La casa era muy pequeña para que todos se vinieran a vivir con sus mujeres aquí. ¡Esta casa no es un solar! Bastante tiene una con criar los hijos para también tener que criar los nietos. Por eso fue que mis hijos me dejaron de hablar. Sólo Teodoro se salvó en todo este lío. Ahora



todos, y cada uno, quieren que Teodoro se vaya a vivir a sus casas... ¡Ninguno se ocupa del padre verdadero y sólo quieren al padrastro! ¡Quién entiende al mundo! Todos se desviven por el viejo asesino y a mí que me parta un rayo. *(Llorando.)* ¡Yo no tengo a nadie! ¡Teodoro me lo ha quitado todo! Los hijos ya no son míos, son de Teodoro. ¡Ésos no son nada mío! *(Pausa.)* Pero un día todo va a cambiar. ¡Y Teodoro no me suelta! ¡Ya no puedo más! ¡Ya no puedo ni respirar! *(Clamando.)* ¡Aire, necesito aire! *(Con la respiración agitada, deja de jugar.)* ¡Bueno, ya... está bueno de... Teodoro! Siempre que cuento el intento de asesinato de Teodoro, me pasa lo mismo. Se me agita el pecho. Me comienza a faltar el aire. Me da mareo. *(Palpándose con la mano derecha todo el brazo izquierdo.)* Ya me comenzó de nuevo el calambre. Dice el médico que es la presión. Dice que me sube. *(Tose.)* ¡Me estoy ahogando! No voy a morirme ahora. A Teodoro le toca primero que a mí. Pronto será mi coronación... Cuando Teodoro se muera... *(Se dobla del dolor en el pecho.)* ¡Ay, es como un cuchillo que me traspasa el pecho! ¡El brazo! ¡El brazo izquierdo no me lo siento! ¡Qué es esto, Dios mío? *(Llamando al interior.)* ¡Teodoro! ¡Teodoro! ¡Teodoro! Me estoy muriendo, Teodoro... *(Ve a Teodoro frente a ella.)* Teodoro, pero no te quedes ahí. Teodoro, llama a un médico. ¡No te rías! ¡No estoy jugando, carajo! No es hora de reírse, Teodoro. Parece que me estoy muriendo, Teodoro. Perdóname, Teodoro. ¡Perdóname todo lo que te hice, a ti y a los muchachos. ¡Que me perdone todo el mundo. ¡No fui buena, Teodoro! Teodoro, quiero que sepas que... fuiste, aunque nunca te lo hice saber, el único hombre... que... he querido. *(Gritando.)* ¡Te quierooooooooooooo! *(Queda muerta en el butacón, con los ojos en blanco, mientras la pipa se le desprende de la mano.)* FIN.

